

Espiritualidad

Ficha 3.3

A young boy stands in a dark, desolate landscape, holding a glowing lantern. The lantern illuminates a small patch of grass and a few yellow flowers at his feet. The background is dark and appears to be a ruined or abandoned area, with some faint structures visible in the distance. The overall mood is one of hope and resilience in the face of adversity.

CRISIS Y CONVERSIÓN

VERÓNICA OCHAGAVÍA

Schoenstatt Chile · 2021

CRISIS Y CONVERSIÓN

"Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas bien plantados para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya reciben su paga.

Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará." (Mt 6, 5-6)

Con estas sencillas palabras, Jesús nos enseña cómo orar. En el Evangelio encontramos muchas referencias a estos momentos en los que Él se aparta de sus seguidores para encontrarse con el Padre. El Papa Francisco nos lo explica: "En la vida de Jesús hay un secreto, escondido a los ojos humanos, que representa el núcleo de todo. La oración de Jesús es una realidad misteriosa de la que intuimos solo algo, pero que permite leer en la justa perspectiva toda su misión. En esas horas solitarias – antes del alba o en la noche -, Jesús se sumerge en su intimidad con el Padre, es decir en el Amor del que toda alma tiene sed".

El Papa también hace referencia a la búsqueda de soledad y silencio como una característica de este diálogo íntimo que sostienen el Hijo y el Padre. “Quien reza no se evade del mundo, nos dice, sino que prefiere los lugares desiertos. Allí, en el silencio, pueden emerger muchas voces que escondemos en la intimidad: los deseos más reprimidos, las verdades que persistimos en sofocar”, y “sobre todo, en el silencio habla Dios”.

Buscar el silencio

Buscar el silencio en medio de la vida es siempre un desafío. La agitación y el activismo permanentes, sumados a los miles de estímulos que enfrentamos cada momento, hacen difícil esta tarea. El vértigo y la rapidez con que todo se sucede tampoco nos ayudan.

No estamos acostumbrados al silencio. Nos cuesta enfrentarlo como si fuera algo embarazoso que debe romperse. Y, sin embargo, es allí donde Dios se manifiesta. Allí donde Él quiere susurrarnos al oído, tal como a Elías en la suave brisa, su plan de amor para cada uno.

Si queremos entrar en nuestro espacio interior tenemos que recorrer el camino del silencio: dejar lo exterior y acoger lo que hay en nuestro interior. Allí, Dios nos habla. Él, que “habita en lo secreto”, nos espera para encontrarse con cada uno de nosotros. Ese lugar interior guarda mi historia, todo lo que he vivido: personas, lugares, situaciones... Aquello que me hace ser quien soy y amar como yo amo. Es en mi interior donde hablo con Dios.

La pandemia, con sus sucesivas cuarentenas y restricciones de movimiento, se nos presenta como una oportunidad en esta búsqueda de nuestro espacio interior. Ella nos ha llevado desde una vida social que se concreta en lo exterior -calles, empresas, oficinas, colegios, universidades, centros comerciales, lugares de diversión...- a lo interior de nuestras familias y nuestros hogares. Hemos aprendido una nueva forma de vida "puertas adentro".

Tenemos en este tiempo, nuevas posibilidades de espacios de silencio. Roto el hechizo de lo exterior, se nos regala la oportunidad de redescubrir la riqueza del silencio y de abrirnos a nuestro espacio interior para acoger a un Dios que nos espera. *"Mira que estoy a la puerta y llamo"*. (Ap. 3, 20)

"Quien me quiera describir, lo puede hacer así: la mano en el pulso del tiempo y el oído en el corazón de Dios" (PK)

Sin embargo, no encontramos esos momentos. Quizás porque no estamos acostumbrados a ellos, o nos falta una rutina que los facilite. La incertidumbre y la ansiedad que se derivan de ella, también dificultan este camino. Y es que la pandemia no sólo nos ha enfrentado a la posibilidad de la enfermedad y la muerte, sino que ha tenido el poder de desestabilizar todo nuestro mundo. Un mundo que hoy, además, está cargado de agitación, desorden e inestabilidad en todos los ámbitos. Un mundo donde la intolerancia y la violencia se han ido imponiendo, dejándonos absolutamente vulnerables.

Nuestra realidad familiar ha sufrido cambios insospechados como consecuencia del Coronavirus: a la incertidumbre laboral propia de este tiempo, se suman las tensiones en las relaciones matrimoniales y familiares producto de esta nueva forma de vida en un contexto marcado por restricciones y prohibiciones. Hemos tenido que adaptarnos y compatibilizar las tareas del hogar con las exigencias del trabajo, además de la supervisión de la vida escolar de los hijos en espacios reducidos que no estaban pensados para ello.

A nivel de la Iglesia, la pandemia ha sido un golpe durísimo. Herida por la realidad de los abusos, hoy enfrenta, mansa y silenciosa, las imposiciones de la autoridad civil que ha limitado drásticamente la celebración del culto. Los cambios de este tiempo han significado una nueva forma de vivir nuestra fe, el modo on line, con todo lo que ello implica para una fe que crece y se alimenta en la vida comunitaria y sacramental y que nos ha dejado sin la opción de la Eucaristía.

Como schoenstattianos, este también ha sido un tiempo de incertidumbre y dolor luego que conociéramos las acusaciones al padre Kentenich. Ellas nos sorprendieron y remecieron cuando ya nos quedaban pocas seguridades a las que aferrarnos.

Enfrentados a la ansiedad

Estamos cansados y sin fuerzas. Con poca claridad respecto de qué hacer. No nos gusta lo que vemos, pero tampoco tenemos la capacidad para reaccionar.

Experimentamos nuestra impotencia y vulnerabilidad. Con ellas, surgen el miedo y la ansiedad en medio de una incertidumbre que nos hace conscientes que hemos perdido el control que creíamos tener sobre nuestra vida y nuestro futuro. Esa ansiedad, nos señala el Papa Francisco, tiene que ver con nuestra falta de interioridad. “Sin vida interior, nos dice, nos hacemos superficiales, agitados, ansiosos. Sin vida interior huimos de la realidad, y también huimos de nosotros mismos. Por eso debemos acudir a la oración”.

Esa oración, ese sumergirnos en nuestro mundo interior para encontrarnos con el Padre, parte desde la propia vida. Él está presente en cada una de las realidades que vivimos y nos invita a tomar “el pulso del tiempo” para escuchar su voz en lo que ocurre en nuestro país, en nuestras familias, en nuestra Iglesia, en Schoenstatt. Es ahí donde nos manifiesta su plan de amor para cada uno.

*“Debemos tener el más vivo convencimiento de que
Dios ha elaborado un plan, no tan sólo un plan
para el mundo, sino también un plan particular
para mi propia vida personal. (...)
Es un plan de sabiduría, de omnipotencia,
pero, ante todo, un plan de amor.*

Tienen que escuchar exactamente: el plan de mi vida es un plan de amor” (PK)

El primer paso para concretar este encuentro es aquietar el corazón y silenciarnos. Porque no se trata sólo de escuchar su voz, sino fundamentalmente descubrir su presencia y cuidado amoroso en lo que estamos viviendo; ser conscientes de esa conducción misericordiosa que Él hace de nuestra vida; dejarnos cautivar por ese Amor que se nos revela, allí donde la angustia y el temor no nos dejan percibirlo. Así experimentamos al Dios compasivo, que no es un espectador de lo que nos sucede, sino que sufre y se conmueve con nosotros y nos regala su amor infinito como bálsamo para nuestras heridas.

Este camino hacia nuestro interior nos permite ser conscientes que todo viene de Dios y vuelve a Él y nos sitúa respecto de nuestra relación con Dios, nuestro Padre, y con toda la creación. Frente a la angustia y el temor, es la acción del Espíritu Santo la que nos regala el abandono confiado en las manos del Padre.

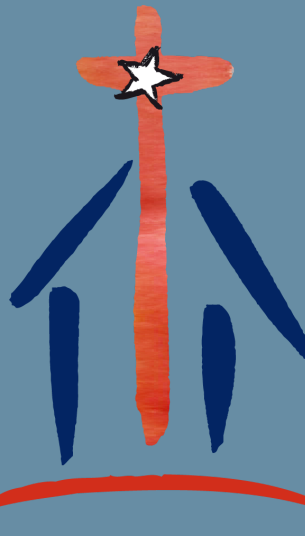
María, escuela de silencio

En María, nuestra Madre y Reina, encontramos la mejor aliada en esta escuela de aprendizaje para escuchar y acoger la voz de Dios que quiere manifestarnos su amor. A ella, que es la madre del silencio, le pedimos que implore para nosotros la gracia de silenciarnos y de abrirnos al amor que Dios nos regala. Tal como ella lo hizo durante su vida.

Le pedimos también que nos enseñe a guardar todo lo que vivimos en nuestro corazón. Queremos meditar y volver a revivir el paso de Dios en cada momento de nuestra vida; ser conscientes de cómo Él se derrama en nuestro corazón y cantar, junto a ella, las maravillas que Dios ha hecho en cada uno.

PREGUNTAS PARA MEDITAR Y LUEGO COMPARTIR

- 1.-¿Cuáles han sido los momentos más hermosos y profundos en mi vida de oración?
- 2.- ¿Cuáles son los lugares y momentos en que hago oración durante el día?
- 3.- ¿Tengo la experiencia de que orar me hace bien? ¿Me gusta orar?
- 4.- ¿Qué puedo cambiar para mejorar mi oración?
- 5.- ¿Qué situaciones o incertidumbres del hoy estoy, reclaman un tiempo de interioridad en la reflexión y en la oración? ¿Qué puedo hacer para darles espacio?



SCHOENSTATT
Chile



VERÓNICA OCHAGAVÍA

Dueña de Casa

Rama de Familias

Zona Cordillera